Peronismo

José Pablo Feinmann

Filosofía política de una obstinación argentina

90 **La muerte del "Padre Eterno"**



Suplemento especial de
Página|12

¿QUIÉN ERA PERÓN?

Convendrá aclarar algunas cuestiones. No puede ponerse en un mismo nivel el error de la Tendencia por pretender copar un acto que pertenecía a todos que la criminalidad desaforada de las bandas mercenarias de la derecha peronista. Son dos cosas totalmente distintas y una de ellas claramente más inaceptable, más condenable que la otra. Una, a lo sumo, pertenece a un proyecto que buscaba exhibirle a Perón el poder de la movilización de la izquierda. Tampoco creamos que ésta era una actitud inocente. Detrás de ella está el proyecto de Montoneros de compartir la conducción con Perón, de heredarlo incluso cuando muriera. Este proyecto fue nefasto. Creció alimentado por la importancia de la juventud peronista en la campaña electoral, por el fabuloso cierre en la cancha de Independiente y por la movilización del 25 de mayo. Ahí, la Orga se creyó dueña de todo. "Pusimos el fervor, la militancia, los muertos. Ahora queremos su equivalente en poder." A esto responde la lista que le entregan a Perón con los nombres de los políticos con que debe formar el gobierno justicialista. Se confundieron. Para la nueva etapa, Perón quería otros protagonistas. No quería lobos disfrazados de corderos. Había que frenar el proyecto de la *patria socialista* y hacer un gobierno de unidad nacional, un gobierno burgués nacional y popular, distributivo pero inevitablemente capitalista.

Los del palco eran asesinos profesionales o matones sin moral alguna y fueron los masacradores de Ezeiza. Respondían a Osinde. Osinde respondía a Perón. Este siniestro personaje estaba al frente de la seguridad y ya tenía una larga historia junto a Perón. Osinde ocupaba un cargo extravagante en el gobierno, una especie de secretaría de deportes que nadie entendía qué propósito ocultaba. Un propósito importante: frenar al "zurdaje", impedir que se adueñara del movimiento peronista. Para eso ya tenía armado todo un aparato de profesionales del crimen. Como pensamos darle un desarrollo considerable al aparato represivo que *ya estaba listo* en el mes de junio de 1973, todavía no entraremos en ese tema. Como sea, Bonasso describe bien a los matarifes que estaban en el palco: "A la una de la madrugada (hora de Buenos Aires) y cinco de Madrid, Osinde habló a la quinta 17 de Octubre para 'informarle al General de todos los recaudos tomados'. Seguramente no entró en detalles.

"El principal era la custodia del palco, ocupado militarmente por las distintas fuerzas (...) matones de Smata, la UOM y otras agrupaciones gremiales, que se identificaban con los brazaletes verdes de la JSP; cadeneros del C. de O.; pistoleros de la CNU; integrantes de la renacida Alianza Libertadora; militares retirados, policías cesanteados y argelinos convocados por el jefe militar del proscenio, el agente de la SIDE Ciro Ahumada" (Bonasso, ob. cit., p. 710). Para muchos de los que formaban la juventud peronista esta cara del peronismo era desconocida. Recuerdo que una compañera de Filosofía (cuando asomó esta derecha fascista) me confesó su inesperado terror: "Es lo que nos habían dicho nuestros viejos y nunca quisimos creerles. Tengo un tío que fue ferroviario en los '50 y siempre me contaba que aparecían cadáveres por todas partes. Que los reventaban a cadenazos, que los torturaban. Era gente como ésta". Un fenómeno notable: de pronto los viejos tenían razón. De pronto todas las peores versiones de la Libertadora volvían para algunos que no podían creer lo que pasaba y el único verosímil que tenían eran los chismes de sus padres gorilas. Que Perón había sido un nazi. Lo que estaban viendo ahora –estremecidos– no los llevaba a atreverse a decir que Perón era nazi. O fascista. O amigo de la represión feroz. Pero nadie podía ocultar que estaba rodeado de fascistas temibles. Al cabo, si Osinde, que era un nazi y un carnicero, había sido custodio y hombre de Perón desde su primer gobierno, ¿qué había sido ese gobierno? ¿Quién era Perón? ¿De quién se esperaba el socialismo nacional? El presente se proyectaba sobre el pasado cuestionando la imagen que muchos se habían forjado de él.

LAS BANDAS CLANDESTINAS Y "LA BASURA"

Desde el 19 a la noche hubo tiros en Ezeiza. Muchos periodistas se acercaron al palco y vieron armas que no habían visto nunca. "Las que entraron con López Rega", como me confesó mi "amigo" el mercenario que opinaba que a "Fortunato lo perdió el balcón". ¿Nadie sabía esto en el Gobierno? ¿Nadie pudo impedirlo? ¿Por qué Cámpora venía con Perón y el Gobierno estaba en manos de Solano Lima? ¿Por qué Cámpora no lo recibió aquí al frente de todo el aparato legal de un gobierno, de todo su aparato de defensa? ¿Por qué no formó el Gobierno una Comisión para recibir al Líder? ¿Por qué no ordenó ocupar el palco con fuerzas legales? ¿No sabía quién era Osinde, lo que estaba preparando, la matanza que sin duda se iba a desatar? Esto ya se sabía. La debilidad del Gobierno fue notoria. Es que el que gobernaba era Perón. Si Perón le decía a Cámpora cómo había que hacer las cosas, Cámpora las hacía. Por eso era también absurda esa leyenda que proponía a Perón como el encargado de la misión "continentalista". Uno ya estaba saturado de verlo a Cámpora aparecer por TV y decir que "la gran misión del general Perón es la de unir a los pueblos de América". ¿Así que Perón abandonaba su comodidad en Madrid para andar yirando por toda América latina tratando de unirla? Pocos se creían eso. Entonces, ¿cómo se resolvía la cosa? La conducción de la Orga decidió (el día de Ezeiza) presionarlo al General y demostrarle que debía estar con ella, porque tenía el poder de las masas. Pero los fachos sabían cómo frenar esa embestida: "Los sindicalistas y el gobierno militar sentían la necesidad de actuar rápido, para sofocar esa presencia expansiva y amenazante. ¿Pero cómo? Un indicio lo brindó el contraalmirante Horacio Mayorga, rico propietario de fábricas de artículos de cuero. Al despedirse de la Aviación Naval que comandaba, reveló los planes que conocía, muy pocos días antes de la masacre. 'Se están preparando bandas armadas clandestinas', dijo en su último discurso oficial..." (Verbitsky, *ob. cit.*, p. 111). También señala el autor que los Montoneros fueron, a la vez, prepotentes e ingenuos.

Veamos estos dos aspectos en palabras del iluminado conductor de la Orga, Firmenich: "Nuestra decisión política era mostrarle a Perón un poderío de masas, de opinión pública, para decirle: 'Vea, General, el proceso va por acá. No va por la vieja burocracia sindical. El proceso político argentino, este que lo ha traído a usted, viene por esta base de masas, que es esta juventud que opina esto, que se organiza de esta forma y que tiene esta bandera'. Y por eso llevamos enormes banderas de cincuenta metros de largo que decían Montoneros. Era un hecho histórico y nosotros teníamos la voluntad política de dejar constancia de que había una dirección transformadora del proceso que estaban marcando las nuevas generaciones, que esas nuevas generaciones eran mayoría en la movilización y que eran no sólo las fuerzas que habían luchado sino las fuerzas que podían sostener el proceso de ahí en adelante. Y por eso fuimos con todo el énfasis político. Por eso movilizamos a toda la gente que pudimos del interior y de Buenos Aires. Hicimos el máximo esfuerzo de movilización con banderas claras. A lo mejor, así como para nosotros era absurdo pensar que hubiera una banda de mercenarios enquistada en el palco dispuesta a tirar, también para ellos habrá sido absurdo pensar que estos jovencitos pudieran copar el acto más grande de la historia argentina. *Lo copamos*. El acto más grande de la historia argentina fue un acto, no digo montonero, *un acto peronista dominado políticamente por la expresión de los Montoneros*" (Felipe Pigna, ob. cit., pp. 226/227. Cursivas mías). Una virtud de Felipe Pigna como entrevistador es dejar que el entrevistado hable, no interrumpirlo salvo lo meramente necesario. Esto produce un resultado notable: al no ser interrumpido, el entrevistado suele hablar de más. Suele decir cosas que no pensaba o que se le escapan ante la necesidad que siente de llenar el espacio que el interrogador le deja. Un caso estremecedor se produce con Juan B. Yofre. Apenas voy a mencionarlo porque se trata de un personaje al que uno le tiene miedo con sólo oírlo hablar o leer algunos párrafos de los libros que publica (*Fuimos todos, nadie fue* y uno que acaba de salir recientemente y que las revistas de extrema derecha han recibido con entusiasmo). Yofre, además, estuvo al frente de la Secretaría de Inteligencia del Estado durante el gobierno de Carlos Menem. Le dicen "Tata". Pigna le hace una pregunta y él responde. Sigue hablando hasta un punto en que dice que él estaba en un edificio alto (no recuerdo cuál) y mira hacia abajo y dice algo inicialmente difícil de entender: "Miré hacia abajo y ahí estaba la basura". Imperturbable, Pigna sólo le pregunta: "¿O sea?". Yofre responde: "Los Montoneros, el ERP". Eran, para el Tata Yofre, "la basura". Inevitablemente recordé ese film del campo de concentración de Auschwitz en que una topadora arrastra cadáveres esqueléticos como *basura*. Alguien que llama "basura" a seres humanos que no piensan como él, y a los que, sin duda, odia, ha elegido ignorar que aun sus enemigos son personas. El principio más cruel de una guerra, el que permite vejar al enemigo y violar todas las convenciones de humanidad que podrían rescatarse en una contienda armada, es el que considera "basura" al enemigo. Algo que no pertenece a la condición humana. Algo a lo que se puede matar, vejar, humillar, torturar, matar sin culpa alguna. No son hombres, son basura.

LA SERPIENTE DE LA CONTRAINSURGENCIA

Las declaraciones de Firmenich son reveladoras: Primero) La decisión política de imponerle a Perón un poderío de masas. Segundo) Nosotros lo trajimos a usted. Lo trajo esta juventud que nosotros conducimos. Usted está en la patria por nosotros. Los otros no hicieron nada. Tercero) Esta juventud que lo trajo tiene *esta* bandera. (Entonces despliegan esas enormes banderas que decían: *Montoneros.*) Cuarto) Las banderas medían 50 metros. Estas fuerzas políticas pueden sostenerle todo su proceso. Cinco) Algunos habrán pensado que nos era imposible copar el acto más grande de la historia argentina. "Lo copamos". Ese acto no fue un acto montonero (aunque me muerdo la lengua –se confiesa Firmenich– para no decir que sí, lo fue). "Pero fue un acto peronista dominado por la expresión política de los Montoneros."

Bien, todo mal, un perfecto delirio. ¿Qué sabían de Perón? Nada. A Perón nadie se lo ganaba *imponiéndole algo*. Fueron *prepotentes*, como bien dice Verbitsky. Y terriblemente ingenuos. Sabían poco y nada de las fuerzas del enemigo. En Ezeiza, el 20 de junio, la *serpiente de la contrainsurgencia* había roto su huevo y estaba en acción. Los montos –sin saberlo– peleaban contra la OAS, que había venido muy tempranamente al país a instruir a los militares argentinos. Entraron con Aramburu y se quedaron. Lo esencial que enseña la OAS es lo que considera primario en la tarea de *contrainsurgencia*: torturar. Se conocen todas las técnicas posibles. O sea, en el palco de Ezeiza hay una importante colaboración de elementos fascistas del Ejército Argentino. Se trataba de frenar a los "zurdos". ¿Recuerdan ese discurso de Sánchez de Bustamante a sus subordinados? Había, en el peronismo, un agresivo elemento "marxista" que preocupaba a los militares y "a los hombres de orden" de ese partido. Trabajarían juntos para eliminarlo. Ojo: no todo el Ejército. Sólo algunos sectores. Los más recalcitrantes. Los otros, los liberales, decidieron esperar a que Perón se destruyera solo. Seguros de que no aguantaría esa lucha. Media clase media y toda la clase alta empezó a decir: "El les dio vuelo, ahora que se joda y los frene". Los militares, desde muy temprano, decidieron intervenir cuando todo se hubiera recontrapodrido, tal como ocurrió.

Que Firmenich diga que *coparon el palco* es una mentira total. No coparon nada. Los caga-

ron a tiros y los hicieron rajar en busca de salvar la vida. La Orga no fue armada. Sólo armas cortas, de escaso calibre, las que llevaban hasta para ir a mear. Sólo eso. Los otros tenían el arsenal más sofisticado que alguna vez entrara en la Argentina. Y lo usaron. No eran en vano asesinos. Dispararon a diestra y siniestra. Para colmo agarraron a pobres tipos, algunos que nada tenían que ver y los llevaron al Hotel Ezeiza donde habían instalado salas de tortura en las habitaciones. Aquí interviene Favio, que nada había visto, que no descifró la fácilmente descifrable cara de Osinde. Pero sospecho que Favio quería proteger al General de los "zurdos" tanto como todos. Bonasso describe bien su despliegue histriónico, patético: "Las transiciones del director de *Juan Moreira* eran realmente cinematográficas. Ordenaba: 'Cada peronista debe permanecer en su lugar'. Reflexionaba: 'Somos cuatro millones contra cinco dementes'. Señalaba: 'Desde los árboles nos están disparando'. (En los árboles había también mercenarios, J. P. F.) Suplicaba: 'Les rogamos que no disparen'. Observaba: 'Hacia la derecha esta parte de nuestros enemigos'. Advertía: 'Los que queden (en los árboles) son considerados desde este momento traidores' (...) Volvía a señalar: 'Detrás del palco tenemos enemigos'. Reiteraba mecánicamente: 'Serenidad y control, serenidad y control –piensen en los niños y las mujeres–. serenidad y control'. Informaba: 'Los enemigos ya han sido visualizados'. Animaba: 'La situación va a ser controlada'. Proponía: 'Colaboren para poder identificar...'. Equilibraba: 'Ningún peronista haga uso de sus armas, ni siquiera el cuerpo de seguridad'. Retornaba, por fin, a esa solicitud que evocaba el Lejano Oeste: 'Se ruega a los peronistas no hacer uso de sus armas...'" (Bonasso, ob. cit., p. 720. Buen texto de Bonasso. Bien trabajado, expresivo y contundente.)

PREPOTENCIA E INGENUIDAD DE "MONTONEROS"

Luis Bruschtein, un pendejo en esa jornada, un Jotapé que no estaba en nada, fue con otro compañero y le dijo a Favio que estaban torturando salvajemente en el Hotel Ezeiza. "Vamos para ahí", dijo Favio. Los fachos entraban a cualquiera al Hotel y lo llevaban a los lugares de tortura. Entraban a morochitos de las villas de emergencia, con zapatillas, en camiseta, con sangre por todas partes. Ahí estaba refugiada la Sinfónica y otros peronistas finos, de derecha, algo o bastante asustados. Por cada desdichado que entraban los músicos y los "peronistas de orden" gritaban: "¡Bien! ¡Mátenlos! ¡Mátenlos!". Había un clima cercano a la locura homicida. Bruschtein sube con Favio. El cantautor entra en una habitación. Están torturando a mansalva. Favio amenaza con tirarse por la ventana o cortarse las venas. "Ma sí, amasijate si querés, pelotudo", le dicen. "Pero mejor rajate de aquí."

Favio se fue y casi todos prefirieron olvidar su complicado papel en la tragedia de Ezeiza. Es un perfecto sobrevalorado de nuestro país y los peronistas están muy orgullosos de él. Donde se ponga será aceptado. No creo que sea un mal tipo. Pero tenía una ideología. La que lo llevó a no acercarse nunca al fenómeno juvenil del peronismo de los '70, que existía mucho antes de que aparecieran o tomaran fuerza los Montoneros. La Argentina canalla de hoy busca por todos los medios reducir los '70 a la experiencia montonera, pero no es así. Favio ejerció un peronismo ortodoxo, simple. Sin duda, juzgó que la juventud introducía cambios ideológicos en el peronismo que a él no le atraían. Si actores como Briski, Laplace o Gené aportaron –como muchos otros– al torrente juvenil y a la campaña electoral, Favio se mantuvo cauteloso como si fuera un sindicalista. Eso le costó. ¿No sabía quién era Osinde? ¿No vio quiénes estaban en ese palco? ¿No consultó nada con el Gobierno? En fin, no tiene demasiada importancia. Se trata de un ídolo popular. Laburó en buenas películas, hizo canciones, dirigió sus películas y cantó sus canciones. En Ezeiza estuvo arriba del palco. Eso no tiene arreglo. Algo le falló ahí. Ante algo cerró los ojos. Luego apareció ese relato de las torturas y de su suicidio. Si Blanche Du Bois decía depender de la bondad de los extraños, Favio depende de su credulidad. ¿Recién se dio cuenta de la clase de tipos que tenía al lado desde hacía días cuando los vio torturar? Si fue un ingenuo, la ingenuidad lo arrojó a la derecha y lo puso del lado de los asesinos y los torturadores. A los que, de puro ingenuo, no supo descubrir a tiempo. De haberlo hecho debió pedir audiencia con el ministro del Interior o con el secretario general del Movimiento y decir: "En el palco hay demasiadas armas y gente demasiado rara. Algunos hasta hablan en francés. Algo raro pasa. Creo que la seguridad del General está en peligro". Eso habría ayudado a impedir algunas cosas. Pero si uno ve su maratónico, larguísimo documental sobre Perón, si uno se toma el duro trabajo de mirar esas 6 horas advierte –con estupor– que la historia de la juventud peronista ocupa 10 minutos del metraje. De esos 10 minutos algunos se dedican a decir que los primeros tiros partieron de los árboles hacia el palco. Después, cuenta un par de cosas más y... Perón se muere. Esto no está mal. Veremos que –de una manera decisiva– sucedió exactamente eso: Perón muere ese 20 de junio. Y sella esa muerte con su discurso del 21. Muere como el "Padre Eterno". Como el que armonizaba todas las contradicciones. Cometo una indiscreción: el julepe (¿se acuerdan de esta palabra?) de Favio fue tan profundo que se rajó hasta lo de Abal Medina (que, dentro de esta historia, parece el único capaz de hablar y hasta cobijar a todos) y se metió debajo de una cama. Estuvo ahí dos semanas.

"Los Montoneros (dice Martín Caparrós) ese día pecaron por ingenuos. Pensaron que con esa movilización de cientos de miles de personas alcanzaba, y la derecha los esperaba con unos cientos de ametralladoras y la logística militar bastante mejor establecida, y los corrieron a balazos" (citado por Pigna, ob. cit., p. 227). Verbitsky da en el clavo con mayor precisión: *prepotentes e ingenuos*. La prepotencia los perdió. Se me dirá que toda agrupación que va a un acto va a coparlo, a elegir el mejor lugar, que incluso pelea por él. Pero el del 20 de junio *no era un acto político*. No iban "distintas agrupaciones". Aunque hayan ido, el motivo del acto no era ése. A recibir al viejo y mítico general fue el pueblo. Fueron todos. Peronistas, no peronistas y curiosos. Viejos y jóvenes. Pobres y clasemedieros y hasta ricos. *Era un espectáculo histórico que nadie quería perderse.* Tenía, además, algo de mágico. Y tenía también todo lo que intenté explicar por medio del análisis de Beckett. Llega Godot. Ahora él va a arreglar todo. Pero si Godot llega, el sentido de la espera que daba sentido a mi vida –que era *esperarlo*– muere. ¿A quién voy a esperar si Godot llega? Y también: si mi espera me prometía que Godot, al llegar, arreglaría todo, una vez aquí compruebo que Godot no puede arreglar todo. Además, si Godot llega para unos y no para otros, ¿para qué vino? ¿No venía para todos? ¿No venía para arreglar *todo*? No, Godot elige a algunos y rechaza a otros. Peor aún: arroja a los que ha elegido contra los que condenó. Los condenados dirán: "Godot vino para nosotros pero ustedes lo tienen engañado. Si no, estaría de nuestro lado". Los elegidos dicen: "Godot fue claro: vino para nosotros. Ustedes quieren matarlo". Los dos bandos inician una guerra a muerte. Godot no puede impedirla. Cada bando dice representar a Godot. Cada bando dice que él es



el que merece a Godot. Godot interviene. Dice esto, dice aquello. Siempre a favor de un bando. Insulta al otro. Los muertos caen de un lado y caen del otro y caen de todos lados, de aquí, de allá, es una masacre. ¿Para qué vino Godot? ¿Para esto? ¿No estábamos mejor sin Godot? Godot, impotente, amargado, muere. Pero se venga de los que vino a condenar. Casi unos pocos minutos antes de exhalar ese suspiro, el último, deja a su heredero: una mujer torpe, tonta y malvada. Pero hay alguien que la domina hasta tal extremo (y Godot lo sabía muy bien) que es el verdadero heredero de Godot. Es un Satán como el que se le aparece a Stavroguin: pequeño, indigno. "Soy el Diablo que te mereces", le dice Satán a Stavroguin en *Los demonios*, la inmensa, genial novela de Dostoievski. Godot les deja a quienes lo esperaron tan vanamente el Demonio que (juzga) les pertenece. Es un payaso, un clown con la compulsión de matar. ¿Esto nos dejó Godot? Sí, God les dejó a Belcebot. A Mefistofelot. A Satanot. A Abadonot. A Belialot. A Diablot. (Belcebú, Mefistófeles, Satanás, Abadón, Belial, Diablo.) En su versión más ridícula, penosa. Un payaso esotérico cuya mayor pasión es la Muerte.

VOLVER DE EZEIZA: DOLOR Y DERROTA

Ese 20 de junio nace la Triple A, organización terrorista de extrema derecha que habrá de matar alrededor de 2000 personas entre 1974 y 1975. Luego se sumaría muy naturalmente a los *grupos de tareas* de la dictadura del '76. Lo dirá Rodolfo Walsh: hoy, la Triple A son las Tres Armas. ¿Cuántos murieron en Ezeiza? Las diferencias son excesivas. Precisamente Horacio Verbitsky (cuya investigación continúa sin ser superada porque acaso sea definitiva) es el que dice "el número de muertos fue muy inferior al de las leyendas que aún circulan" (Verbitsky, ob. cit., p. 19). Otros, Alejandro Horowicz por ejemplo, llegan a la suma de 400. Pero interpreta que se trató de víctimas de los "disparos cruzados entre los dos bandos, sin que el grueso participara del enfrentamiento" (Alejandro Horowicz, *Los cuatro peronismos*, Edhasa, Buenos Aires, 2005, p. 261). Hemos visto que no hubo "enfrentamiento". No, al menos, entre dos bandos armados. La Tendencia llevaba armas livianas y pocas. Sí, es totalmente cierto que "el grueso" no participó del enfrentamiento. Otros dan 200. Hay algo terrible en esto. Para una estadística un muerto no es nada. Pero el que muere pierde todo. De aquí la conocida frase: "Una muerte es una desdicha, seis millones una estadística".

Volver de Ezeiza fue un dolor inextinguible. Oscurecía y la inmensa muchedumbre caminaba por la Riccheri mirando el asfalto. Nadie hablaba. El silencio aturdía. Era el velatorio más gigantesco de la historia argentina. Un helicóptero sobrevoló sobre nosotros y dijo que el general Perón estaba bien, que había aterrizado en Morón y se dirigía a su residencia de Gaspar Campos. Algunos, patéticamente, aplaudieron y hasta gritaron viva Perón. Fueron pocos, muy pocos. Los otros siguieron como zombies. Nos volvíamos vacíos. Nos habían robado la fiesta. Porque a eso habíamos ido todos (dos millones de personas o más): a una fiesta. A ver y formar parte de un acontecimiento único, irrepetible. No creo que sea trasmisible la potencia histórica que implicaba el regreso del viejo general. Cuando lo derrocaron yo tenía 12 años. Ahora, treinta. Había crecido escuchando hablar de Perón y su imposible regreso. Había vivido en medio del odio a Perón. Que no era el general Perón, era el señor Perón. Y antes el "tirano prófugo", "el gobernante depuesto". O "el despuesto". O "el que te jedi", como se animó a decir María Elena Walsh en esa canción en que pregunta "te acordás hermano del '45, cuando 'el que te jedi' salía al balcón...". Creo que era así. De pronto "el que te jedi" volvía. Todos fueron a verlo y regresaron sin nada. Al contrario, en medio de la angustia de la violencia. ¿Qué habría de pasar ahora? Conrado, que caminaba a mi lado, dijo: "Si la Marina da un golpe esta noche, lo gana". Fue una frase perfecta. Tal era la sensación de la derrota. De la invalidez.

Caminamos kilómetros. Por fin, salimos de la autopista y nos sentamos en un cordón. Conrado volvió a su cognac y se la agarró conmigo. Que yo no quería caminar. Que no me importaba que Perón volviera. Que no quería verlo. Que me daba lo mismo estar en cualquier parte. Que nada me importaba. No me sorprendió. De Conrado me habían llegado dos frases que él nunca me dijo. Una me hizo gracia. La otra marcó gran parte de mi vida. Una: "Puede ser que José sea el mejor, pero no hay que decírselo". Esta era un chiste. Además, yo no era el mejor ni quería serlo ni tenía ningún sentido aspirar a algo semejante en una época de la Facultad de Filosofía en que los talentosos abundaban. Pero la otra me persigue hasta hoy. Me llegó así: "Cuidado con José. Es brillante pero no es profundo". ¿Cuidado con José? ¿A quién engañaba yo? ¿Qué era lo que me volvía peligroso? Pero el estilete era otro. Ser "brillante" y "ser profundo" son dos dimensiones de la existencia. Si uno escucha –de su amigo filósofo, prácticamente de su maestro, de un tipo con mucha experiencia en la enseñanza– que no es profundo, si lo escucha a los 22 años, si además se dedica y piensa dedicarse siempre a la filosofía (y a la narrativa, las dos cosas marcharon juntas), la herida es profunda. Era raro. Porque Conrado no era brillante. Massuh era brillante. Massuh deslumbraba a sus alumnos de Fenomenología de las religiones. Conrado era capaz de balbucear muchas veces en una clase. Sin embargo, tal vez me hizo un favor. No alcanza con ser "brillante". Hay que ir más allá. El brillo puede enceguecer. Y este enceguecimiento quizá conlleva la imposibilidad de profundizar. Si estamos ciegos por los brillos no podremos ver qué hay más allá de ellos. Poco tiene que ver el pensamiento con los fuegos artificiales. Tiene que atravesarlos o prescindir de ellos. Con los años me libré de la maldición de Conrado. O eso creo. Pero no veo la necesariedad de oponer la brillantez a la profundidad. El que pueda instrumentar las dos cosas se hará entender mejor. Es posible que el brillo abra muchas puertas. Por ellas pasará la meditación más honda. (*Nota*: Como vemos, la condena de Conrado fue tan honda que todavía me contradigo. Dije que el brillo puede engañar al pensamiento. Seguí y terminé diciendo que puede abrirle puertas. Supongamos que es posible creer en las dos posibilidades. Tampoco quiero dejar una imagen erosionada de Conrado. Fue bueno conmigo y con los grupos de militantes católicos cordobeses. Ignacio Vélez –del grupo inicial de Montoneros, organización que abandona y escribe luego, en la cárcel, junto a otros compañeros, Sergio Bufano, Luis Rodeiro y Gabriel Rot, en julio de 1972, el llamado "Documento de los Sabinos" o "Documento Verde", sobre el que nos detendremos largamente en nuestras consideraciones finales sobre la guerrilla y la teoría del foco– lo recuerda con gratitud. Conrado les señaló el camino posible para unir el cristianismo con el marxismo. Esto, desde luego, desagradaba fuertemente a Massuh. Pero el trabajo de Conrado era ése. Nadie, que lo haya hecho, olvida su curso de Filosofía de la historia de mediados de los '60. Lo mejor de la Facultad de Filosofía estaba ahí. Una vez, me invitó a su chacra en Carlos Casares. Me enseñó a poner ladrillos. A la noche yo me moría de hambre. Nos sentamos a la mesa. Me dispongo a arrojarme sobre la comida y Conrado me detiene. Que ellos hacen una pequeña oración antes de comer, dice. "La puta madre –pienso–, ¿y ahora de qué me disfrazo?" Conrado empieza a rezar. Todos sus hijos y su dulce mujer bajan los ojos, juntan las manos y lo siguen. Yo pongo las manos sobre mis rodillas. Para disimular. Y de pronto, Conrado dice: "También te agradecemos, Señor, que hoy nos acompañe nuestro amigo José, a quien recibimos con amor en nuestra mesa". Como si fuera poco, la comida era riquísima. Conrado era el típico católico de esa etapa de la historia. De su estirpe eran el cura Mugica o Domingo Bresci. También los catolicuchis que confluyeron en la Jotapé o en los Montoneros del inicio. A partir de Ezeiza se volvió crítico con los Montos y decidió apoyar a Perón. Igual lo tenían marcado. En el '76 lo echaron. Lo defendió más Pucciarelli que Massuh. Massuh se fue a París, a su dorado destino de embajador en la Unesco. Pucciarelli –que tenía diálogo con los interventores milicos– me contó que le dijo a un marino (¡un marino al frente del Departamento de Filosofía!): "No lo pueden echar a este hombre. Es un erudito en filosofía antigua. Sabe su griego, su latín". Justo los idiomas que Conrado había quitado de la carrera por pedido de la Jotapé. El marino le dijo que lo tenían fichado como un católico marxista que envenenaba la mente de los jóvenes. Lo fui a ver cuando se estaba por exiliar en México. "No crea que si vienen a buscarme me voy a poner a rezar", dijo. Créase o no, en ese momento sonó el portero eléctrico. Estábamos solos. Nos miramos y ninguno dijo una sola palabra. Conrado atendió y era un error, alguien se había equivocado. Fue un momento fuera del tiempo. Ese, cuando nos miramos. "Aquí están", pensamos los dos. "Llegaron." Se fue México y no lo vi más. Murió todavía joven, sin envejecer. Fui a su velatorio.)

Seguimos caminado y –al final de esa larga, triste marcha– nos despedimos con el cariño de dos amigos, con la pesadumbre de dos derrotados. El 20 de junio –el día más largo del año– había terminado.

PERÓN ELIGE MATAR A PERÓN PARA MATAR A LA IZQUIERDA PERONISTA

Esa noche Perón habló por cadena nacional y sólo dijo que estaba bien y todo estaba controlado. Al día siguiente, también por cadena nacional, dio el llamado precisamente "discurso del día siguiente de Ezeiza". El de las veinte verdades. Fue claro, definitivo. Uno de los más importantes discursos de su larga carrera de discurseador. Ahí, Perón elige a la derecha. Ahí, Perón no quiere conciliar nada. Ahí, no le interesa manejar el desorden. Prohíbe el desorden. Impone –quiere imponer– el orden. "Cuando se hacen dos bandos peronistas, yo hago el 'Padre Eterno': los tengo que arreglar a los dos" (*Conducción política*). Se acabó. No quiere arreglar a los dos bandos. Elige uno y se lo arroja encima al otro. "Barrer a la izquierda con la derecha." Este abandono de uno de sus postulados centrales de conducción debía responder a urgencias y a convicciones poderosas. Al negarse a "arreglar" a los bandos en pugna se niega como "Padre Eterno". Al negarse como "Padre Eterno" se niega a sí mismo. Niega todo lo que ha sido hasta ese momento: el hombre que podía armonizar todas las contradicciones. El que podía cerrar la totalidad e incluir en ella a todas las partes. No más. El "Padre Eterno" muere. Lo mata el mismo Perón. Si Perón mata al "Padre Eterno", Perón se mata a sí mismo. El discurso del 21 de junio expresa la imposibilidad de conducir a todos. Perón, al confesar esa imposibilidad, se suicida. Lo hace, al menos, como "Padre Eterno". Perón elige matar a Perón para matar a la izquierda peronista. ¿Qué Perón es el que sigue vivo? El que quiere aniquilar el "foco marxista" que infecta la totalidad del movimiento. La pregunta que surge de aquí es acaso indescifrable, así de azarosa es su respuesta. ¿Para qué volvió Perón? ¿Para hacerles el trabajo sucio a los militares? ¿Valía la pena volver para eso? "Quédese tranquilo, Jorge. Agarro un vaso de agua, un micrófono y los mando a su casa." ¿Buscó lograr eso con su discurso del 21? Nos consagraremos a estudiarlo minuciosamente.

Colaboración especial:
Virginia Feinmann - Germán Ferrari

PRÓXIMO DOMINGO

La muerte del "Padre Eterno" (II)